

CAPÍTULO VI.

1791—1793.

FIN DE LA PRIMERA PRESIDENCIA DE WASHINGTON.

Washington visita los Estados del Sur.—Discurso inaugural en el Congreso.—El general St. Clair es nombrado comandante en jefe de las fuerzas organizadas contra los indios del Noroeste.—Su derrota.—El veto de Washington.—Se pide un aumento de tropas.—La recomendación de Hamilton.—Actas de las sesiones.—Ministros de las cortes extranjeras.—Partidos.—Diferencias entre Jefferson y Hamilton.—Informe de Marshall.—Otras diferencias.—Polémicas de la prensa.—Washington intenta una reconciliación.—Oposición a la ley, imponiendo un derecho sobre los espíritus.—Mr. Hammond.—Esfuerzos para celebrar la paz con los indios.—Segunda legislatura del segundo Congreso.—El discurso de Washington.—Se encarga a Mr. Hamilton que informe sobre la deuda.—Resoluciones de Mr. Giles.—Cartas de Jefferson, Hamilton y Randolph.—Washington es reelegido por unanimidad, y también Juan Adams.—Estado de los partidos en el Congreso.—Efectos de la revolución francesa sobre la política y porvenir de los Estados- Unidos.

Hacia tiempo que deseaba Washington visitar los Estados del Sur con el mismo propósito que le indujo el ir á Nueva-Inglaterra en el Otoño de 1789. En su consecuencia, despues de hacer sus preparativos, se puso en marcha hácia mediados de marzo, resolviendo hacer un viaje de tres meses. Dirigióse primeramente á Richmond, 1791 Wilmington y Charleston, hasta Savannah, y desde allí, volvió por Augusta, Columbia y el interior de la Carolina del Norte y de Virginia; se consigna como dato curioso que en aquel viaje, el Presidente recorrió 1887 millas con los mismos caballos, y se cita así mismo como incidente no menos característico de sus costumbres y de la exactitud de sus cálculos, que antes de emprender tan larga jornada, señaló el itinerario, fijando con asombrosa precisión los días en que llega-

ria á los diversos puntos y el tiempo que iba á permanecer en ellos. Como no ocurrió ningun accidente durante el viaje, Washington pudo cumplir lo que habia anunciado y consiguó así estar en constante y regular comunicacion, con los jefes de los departamentos del Estado durante todo el viaje.

Inútil parece decir que el Presidente recibió en todas partes las mismas pruebas de adhesion que se le dieran anteriormente en los demás Estados, teniendo además la especial satisfaccion de ver cuan rápidamente prosperaba el pais. Durante este viaje, Washington se detuvo varios días en el Potomac, donde hizo uso de los poderes que le fueron conferidos por el Congreso para fijar el punto en que habia de establecerse la metrópoli de los Estados- Unidos. La eleccion de aquel y el trazar los

planos para construir los edificios públicos, habian ocupado la atencion del Presidente por espacio de tres ó cuatro años.

Durante el verano, fué elegida la nueva Cámara de representantes, y se llenaron las vacantes del Senado, ocasionadas por la retirada de una tercera parte de los miembros (*). Jonatan Trumbull, de Connecticut, fué nombrado orador de la Cámara y era evidente que los adversarios de los federalistas, iban adquieriendo cada vez mas fuerza en el Congreso.

Al celebrarse la primera sesion del segundo Congreso en 25 de octubre de 1791, manifestó el Presidente en su discurso de apertura, que habia observado con placer cuanto prosperaba el pais con el nuevo sistema de Gobierno, terminando con estas palabras: «Habreis podido observar en vuestros respectivos distritos, cuan satisfactorio es el estado de la agricultura, de las fabricaciones, del comercio y de la navegacion, y al investigar la causa de esto, podreis haber notado que á ello han contribuido poderosamente, la Constitucion y las leyes de los Estados- Unidos. Asimismo habreis podido ver como yo, con la mayor complacencia, que va aumentándose rápidamente la importancia y el crédito de la nacion.»

El Presidente habló luego de la guerra con las tribus indias, esplicando detalladamente cuanto se habia hecho en este asunto, y dando cuenta del resultado de sus esfuerzos. Hé aquí sus palabras respecto á este punto: «Adoptar un método conforme con los principios de templanza y filantropía, tratándose de una raza de hombres ignorantes, cuya felicidad depende materialmente de la conducta de los Estados- Unidos, seria tan honroso para nuestro carácter nacional, como

(*) Aaron Burr, de funesta memoria, fué enviado como Senador desde Nueva-York en reemplazo de Felipe Schuyler.

útil para nuestra política.» Dicho esto, el Presidente dió cuenta de haberse comenzado á edificar la nueva ciudad en las orillas del Potomac, dió ciertas noticias acerca de la formacion del primer censo y habló asimismo de dos empréstitos que debian contraerse. El Presidente envió luego al Senado dos tratados que celebrara anteriormente con los indios, para que los rectificase, y á la Cámara un estado espresivo de la situacion de la Hacienda, y por último concluyó advirtiendo cuan necesario era que se cuidara de la organizacion de la milicia, del servicio de postas y correos, del sistema de pesas y medidas, y de fijar las condiciones para la venta de ciertos terrenos de los Estados- Unidos.

Las contestaciones de ambas Cámaras, aunque no revelaban tanto entusiasmo como en otras ocasiones, espresaban, sin embargo, su aprecio y consideracion á Washington.

Habiéndose autorizado al Presidente para que llamase la milicia montada, organizáronse dos expediciones, una al mando del general Scott, en el mes de mayo, y otra á las órdenes del general Wilkinson en el mes de setiembre, las cuales marcharon contra los pueblos indios del Wabash, si bien no se obtuvieron por el pronto resultados decisivos para terminar la contienda. Por nombramiento del Presidente, el general St. Clair gobernador del territorio del Noroeste del Ohio, se encargó, como comandante en jefe, de las fuerzas destinadas contra los indios, y en su consecuencia se dispuso ir en auxilio de los desgraciados habitantes que careciendo de defensa alguna eran víctimas de las horribles violencias de los indios. A la cabeza de unos dos mil hombres 1791. St. Clair emprendió la marcha en el mes de octubre y el 3 de noviembre acampó á pocas millas de los pueblos de Miami con su ejército que habia quedado reducido, por causa

de las deserciones, á mil cuatrocientos hombres. St. Clair resolvió permanecer en aquel punto hasta recibir refuerzos, mas entretanto y á pesar de los muchos escarmientos que recibiera el ejército de su país en ocasiones análogas, este jefe se dejó sorprender por el enemigo. La milicia que ocupaba el frente de las fuerzas, huyó en desorden al primer ataque y aun cuando St. Clair intentó reunir las para rechazar á los salvajes, estos rodearon al ejército americano, y emboscados en las malezas hicieron un fuego tan nutrido que al poco tiempo quedó el campo sembrado de muertos y heridos. Despues de un combate de tres horas, y reconociendo el comandante que le era imposible resistirse, dispuso la retirada á fin de salvar los escasos restos de su derrotado ejército, en tanto que los indios victoriosos fueron persiguiendo al enemigo, hasta una distancia de cuatro millas, despues de lo cual volvieron para repartirse el botin. St. Clair se refugió al fuerte Jefferson y desde allí marchó luego al fuerte Washington. En aquel desastroso encuentro tuvieron los americanos seiscientos treinta muertos y doscientos sesenta heridos, cuya pérdida prueba cuan obstinada fué la defensa y con qué bravura se batieron los indios, cuyas pérdidas no pudieron averiguarse. A consecuencia de este hecho, dispuso el Congreso que se abriese una informacion acerca de la conducta del general St. Clair, pero no resultó en contra suya la menor culpabilidad.

Visto el resultado del censo, entablóse un acalorado debate respecto á la proporcion que debería establecerse entre el número de representantes y el número de almas de que se componia la poblacion de los Estados- Unidos. La discusion no se terminó hasta el mes de abril siguiente ni se convinieron ambas Cámaras hasta la presentacion del tercer *bill*. La primera proposicion de los repre-

sentantes, fué que se adoptara el tipo mas bajo, fijado por la Constitucion, es decir, uno de aquellos por cada treinta mil habitantes, lo cual haria subir el número de los primeros á ciento trece; pero de este modo quedaban sin representar grandes fracciones de la poblacion de los Estados del Norte. A fin de obviar esta dificultad, el Senado elevó el número de habitantes á treinta y tres mil, pero entonces se alegó que tambien así quedaban en el Sur fracciones sin representacion aunque no tan numerosas. La Cámara, no queriendo aceptar el cambio, reiteró su primera propuesta en un nuevo *bill*, en el cual se pedia que se formase otro censo antes de terminarse un plazo de diez años, mas el Senado se negó á esto y aumentó el número de los representantes á ciento veinte, para que no carecieran de estos las fracciones mas numerosas. Semejante medida, que violaba á la letra la Constitucion, exasperó los ánimos durante el debate que se produjo con este motivo, y hasta mediaron amenazas de que se disolveria la Union. Entonces pidióse que se formara un comité para que entendiera en el asunto, y por último, se aprobó el proyecto del Senado por una mayoría de dos votos entre sesenta. Esta resolucion dió lugar á una observacion curiosa respecto á las controversias políticas: los representantes de los Estados del Sur se declararon en contra de la enmienda del Senado que envolvia el principio de la propia soberanía del Estado, mientras los del Norte la aceptaban aunque estaban mas en favor del opuesto principio político.

Como era natural, Washington consideró que este modo de obrar era contrario á la Constitucion (*) y el 5 de abril devolvió el

(*) Parece que hubo una diferencia de opiniones en el mismo gabinete sobre este asunto: el Secretario de Estado y el Administrador general eran de parecer de que el acta no

bill al Congreso con sus objeciones: era la primera que la Constitucion prevenia que los Representantes se repartiesen con arreglo al número de Estados, y que no habia proporcion que produjera el número de los que fijaba el *bill*; la segunda decia que segun la Constitucion, el número de habitantes no debía exceder de uno por cada treinta mil almas, condicion que debia aplicarse á todos los Estados. El Presidente manifestaba que se habia faltado á esta regla, señalando á ocho de los Estados mas representantes de los que prevenia la Constitucion. Este fué el primer caso en que Washington ejerció el *veto* sobre una disposicion del Congreso, y como el *bill* no fué luego aprobado por dos terceras partes de ambas Cámaras, se desestimó sin mas discusion. Poco despues presentóse otro que se aprobó por treinta y cuatro votos contra treinta, y el cual disponia que el número de representantes se ajustara á la proporcion de uno por cada treinta mil almas en cada Estado, lo cual mereció la aprobacion del Presidente, arreglándose así, este interesante punto de la Constitucion (*).

Al recibir la noticia de la derrota de St. Clair, por conducto del Presidente, reunióse el Congreso con el objeto de tomar sus medidas á fin de reorganizar una fuerza suficiente, y en conformidad con lo espuesto en el informe del Secretario de la Guerra, presentóse á la Cámara un *bill*, proponiendo se formasen tres regimientos mas de infantería y uno de caballería, con lo cual ascenderia todo el ejército á cinco mil hombres.

Por mas que parezca singular, aun esta medida tan necesaria encontró una fuerte oposicion, lo cual dió margen

estaba conforme con la Constitucion; el Secretario de la Guerra vacilaba, y el Secretario del Tesoro se mostraba conforme con la interpretacion dada por la legislatura.

(*) Véase el *Resúmen de los Debates del Congreso*, vol. I, págs. 320-28, 374-77.

á que empezase á predominar el espíritu de partido. El *bill* se aprobó sin embargo, y como el aumento de gastos á consecuencia de la guerra con los indios exigia se allegaran mas fondos, llamóse al Secretario del Tesoro para que informase sobre los medios, que en su concepto, serian mejores para atender á este gasto que exigia el servicio público. La proposicion presentada fué muy combatida, mas al fin se aprobó por treinta y un votos contra veintisiete.

En la proposicion que presentó Hamilton recomendaba un aumento de derechos sobre las importaciones, con preferencia á un empréstito, ó la venta de las acciones del banco de los Estados- Unidos; lo cual, segun dice Marshall, habia juzgado indispensable el Secretario para mantener el crédito público. Habiéndose presentado una enmienda para limitar la duracion del *bill* propuesto, se dió el caso de votar treinta y un miembros en favor y treinta en contra, y como segun el reglamento de la Cámara, tenia el orador derecho para votar y decidir en caso de empate, se opuso á la limitacion y se desestimó la propuesta.

Entre otros decretos espeditos durante aquellas sesiones, redactóse uno dictando reglas para elegir segun los principios constitucionales un Presidente y un Vice-presidente en el caso de quedar vacantes estos dos cargos. Tambien se acordó destinar cuatro millones seiscientos mil duros para los gastos públicos, cerca de seiscientos setenta y cinco mil duros para el aumento del ejército, unos cuatrocientos veinte mil duros para el departamento de la guerra, y seiscientos doce mil duros para los demás servicios del Gobierno. Las sesiones se terminaron el 8 de mayo de 1792.

Debemos consignar aquí asimismo que durante la legislatura, fué nombrado Tomás

Pinckney, ministro plenipotenciario en Inglaterra y el gobernador Morris en Francia, cuyos nombramientos confirmó el Senado. A Guillermo Short, se le designó para ministro residente en el Haya, comisionándosele juntamente con Mr. Carmichael, para celebrar un tratado con España. Pablo Jones fué nombrado en aquel verano, comisionado para tratar con el Bey de Argel acerca de la paz y del rescate de los cautivos americanos (*). La credencial sin embargo, no llegó á manos de Jones por haber muerto éste en París el 18 de julio de 1792, cuando estaba sumido en la mayor miseria.

Diariamente iba revelándose mas y mas la tendencia á organizarse los distintos partidos: agitábanse grandes cuestiones locales; predominaban las preocupaciones acerca de los derechos y poderes del Estado; suscitábanse numerosas diferencias y recelos, y era evidente que los amigos del Gobierno y los que se oponían á las medidas adoptadas por los federalistas en el Congreso, comenzaban á formarse en distintos bandos, obedeciendo en esto á sus convicciones, á sus preferencias ó intereses y á su política. Debía naturalmente esperarse que existiesen partidos, pues si no hay razon para poner en duda la integridad y patriotismo del hombre que prefiere las doctrinas federales, tampoco debe haberla para el que se opone á ellas, con todas sus fuerzas; toda vez que por el mero hecho de ser federalista ó republicano, no era posible entonces, como no lo es ahora, juzgar de la honradez y rectitud de un político. Nosotros no dudamos que en aquella época hubiese en ambos partidos hombres honrados y buenos, y segun

(*) Apenas se podrá creer, en nuestros días, que aquellos insolentes piratas obtuvieran en aquella época que nuestro país se comprometiese á satisfacer, en cambio de la paz é inmunidad, un tributo anual de veinticinco mil duros!

vayamos trazando la historia de nuestro país, trataremos de formar un juicio de ellos, mas bien por su carácter y conducta que por el partido á que pertenecieron.

Washington, que durante su larga carrera demostró siempre que no tenía mas objeto que favorecer los intereses de su país, no podía menos de ver con profunda pena que iban aumentándose las disensiones de partido (*).

El Secretario de Estado y del Tesoro no habían simpatizado desde un principio, y como este último despues de desarrollar extensamente sus medidas financieras consiguiendo que se aprobasen, merced á su talento y disposición, el primero comenzó á experimentar mas animosidad y se opuso á los proyectos de sus compañeros con todas sus fuerzas. Cuando se crean enemistades de esta naturaleza, sucede por lo regular, que van agriándose cada vez mas, y no es extraño por lo tanto, que al cabo de algun tiempo fueran los dos Secretarios enemigos irreconciliables opinando siempre contrariamente en todas las grandes cuestiones de política, sobre las cuales quería el Presidente discutir y resolver, oyendo los pareceres de sus constitucionales consejeros. (**)

(*) Al hablar Marshall de las quejas de los anti-federalistas, demuestra que Washington fué tambien el blanco de aquellas. Como había señalado días y horas para dar audiencia á fin de economizar el tiempo, criticóse esta medida, considerándola como una tendencia monárquica, y se confirmaron en esta opinion los que así pensaban al saber que cuando el Presidente estuvo en Nueva-York, había accedido á que se hicieran ciertas ceremonias de pura etiqueta. Por lo que hace al Vice-presidente, se le consideró aun mas monárquico en sus principios y en sus ideas, juzgándosele así por la obra que publicó mientras se hallaba en Inglaterra, con el título de *Reflexiones sobre la república*, así como tambien por el suplemento á su grande obra á que dió el nombre de *Dávila*. Por lo demás, es de notar que Mr. Adams no ocultó nunca que prefería las doctrinas federales á las anti-federales. Véase tambien la *Vida de Jefferson* por Tucker, vol. I, pág. 406.

(**) Al hablar Mr. Gibbs del golpe que se dió á los anti-

Marshall atribuye las disensiones de los dos Secretarios, tanto á la diferencia de su carácter como á las distintas situaciones en que ambos estuvieron colocados; son dignas de citar sus palabras sobre este asunto: «Hasta poco antes de terminarse la guerra, Mr. Hamilton había servido á su país en el campamento, desde donde pasó al Congreso, permaneciendo allí hasta algun tiempo despues de firmarse la paz. En su primer situacion Hamilton no pudo menos de lamentar los peligros á que se veía espuesta la independencia de su país, por la imbecilidad del Gobierno, y en la segunda, fijóse preferentemente su atencion en los intereses de su patria. Mr. Hamilton, por lo tanto, deseaba un Gobierno que poseyera suficientes poderes y recursos para sostener su carácter y defender la integridad de la nacion; y al reconocer á cuantos errores y desaciertos daba lugar la absoluta soberanía de los Estados, por la influencia y dominio que ejercían cuando se trataba de dictar medidas de general interés, temió naturalmente que el mal viniese por aquel lado, mal que era tanto mas de temer, cuanto que se creía que el pueblo americano no se inclinaba al Gobierno nacio-

nal. Hamilton declaró francamente que el mayor peligro á que estaba espuesta la Constitución nacia de su propia debilidad, y que las libertades y el bienestar de América debían temer mas de las usurpaciones de los Estados que de las del Gobierno general.

«Mr. Jefferson, que se había retirado del Congreso antes que su compañero de gabinete, desempeñó luego los mas elevados cargos en el Estado de donde era natural. Al terminarse la guerra fué reelegido para formar parte del Congreso, pero poco despues se le nombró para una mision en la corte de Versailles, donde permaneció mientras el pueblo de Francia daba los primeros pasos que produjeron aquella revolucion inmensa que asombró á todos, conmoviendo hasta en sus últimos cimientos las dos cuartas partes del mundo. No es de extrañar pues que residiendo en la corte de Francia y asociándose con los que meditaban los grandes acontecimientos que luego tuvieron lugar, se pronunciara su opinion contra los abusos de la monarquía, inclinándose á creer que lo que mas amenazaba la libertad, eran los Gobiernos establecidos. Mr. Jefferson, por lo tanto, no pareció inquietarse por la debilidad del Gobierno, ni le inspiraron recelos las soberanías de los Estados, ni fijó su atencion en las usurpaciones. Sus temores eran muy distintos; todo su afán era limitar el ejercicio de los poderes con que se había revestido de la Union; solo en estos veía él amenazada la libertad. Jefferson no creyó necesario adoptar la Constitución, y desde luego dió á conocer su deseo de que se rechazara por los Estados que quisieran introducir ciertas alteraciones en sus Gobiernos (*).

(*) *Vida de Washington*, vol. II, págs. 231-32. Véase tambien la *Correspondencia de Jefferson*, vol. II, págs. 266-69, 73, 78, 303, 43 y 81.

Además de esta enemistad entre aquellos dos hombres que desempeñaban los elevados cargos de Secretarios de la Guerra y del Tesoro, había otra cuestión que ejerció mucha influencia en la condición política de los Estados-Unidos. Francia era apreciada generalmente mientras se miraba á la Gran Bretaña con aversión, y muchos, no solo eran amigos de la primera, sino que hacían lo posible por favorecerla, tanto en su comercio como en sus intereses, perjudicando en cuanto les era posible los de Inglaterra. En esta cuestión, los republicanos formaron un partido y los federalistas otro: Jefferson y Hamilton disputaban acerca del asunto en el gabinete, (*) y el Presidente resolvía, según sus opiniones, obrando en consecuencia, pero le mortificaba mucho no poder reconciliar á los dos adversarios, al menos para que convivieran en una línea de política sin aquellas perpétuas discusiones y animosidades.

Reconociendo ambos partidos cuánta era la influencia de la prensa, habíanse aprovechado de ella para defender sus opiniones y combatir las de sus contrarios. La *Gaceta de los Estados-Unidos*, apoyaba á los federalistas, dando á conocer los grandes planes financieros y la política del departamento del Tesoro; y la *Gaceta Nacional*, por otra parte, creada en 1791, y cuyo editor era Felipe Freneau, el poeta, era el órgano de Jefferson, que patrocinaba las ideas del partido republicano. En el uno, hablábase de la política europea bajo la inspiración de los diarios ingleses, que pintaban con negros colores los sucesos de Francia, demostrando que la anarquía y la efusión de sangre

(*) Hé aquí lo que dice Jefferson: «Hamilton y yo, parecíamos siempre dos gallos en el gabinete. Entonces no éramos mas que cuatro para el despacho y conforme con la mayoría, que era naturalmente tres por uno, resolvía el Presidente. La molestia fué siempre para Hamilton y para mí; al público no se le siguió ningún perjuicio.»

eran la consecuencia necesaria de la democracia; las columnas del otro, llenábanse con los artículos de los periódicos franceses y del continente, que entonces representaban al republicanismo ventajoso tanto para Francia como para los Estados-Unidos. Muy pronto, sin embargo, empezaron á tocarse las personalidades, y la *Gaceta de Freneau*, según dice Marshall, se convirtió en un receptáculo de calumnias contra el sistema de los bancos, los derechos sobre los espíritus, etc., y contra los que habían propuesto semejantes medidas, en tanto que los diarios que antes defendieran estos sistemas, sostuvieron la polémica con tanta energía como aspereza, atacando del mismo modo á los de la oposición (*).

Afligido Washington por las continuas disensiones entre Jefferson y Hamilton, hizo cuanto le fué posible para reconciliarlos, y al efecto, escribió al primero en 22 de agosto una larga carta, rogándole que desistiera de hacer irritantes é injustos cargos á su compañero de gabinete, y se mostrara con él mas generoso. Pocos dias después dirigió otra á Mr. Hamilton, casi en los mismos términos, suplicándole que no sospechara de la honradez é integridad de su adversario político. En otra tercera carta que el Presidente escribió á Jefferson en 18 de octubre, encarecíale la necesidad de que se conservase la armonía en el gabinete, añadiendo: «Os aprecio á los dos sinceramente y es mi

(*) Al hablar Mr. Gibbs (vol. 1, pág. 79) de la *Gaceta Nacional*, dice lo siguiente: «Durante su corta existencia se hizo notable por sus escandalosas calumnias y por los exagerados elogios que hacía de Mr. Jefferson. Mr. Adams, particularmente, de quien era de esperar no se dijese nada por su inofensiva posición como Vice-presidente, fué atacado de continuo por dicho diario. En la obra de Tucker se verá la defensa de Jefferson, cuando se le acusó de tener un diario del que era editor un escribiente de su departamento, que teniendo un importante destino, hablaba mal del Gobierno, *Vida de Jefferson*, vol. 1, pág. 392.»

mayor deseo que os traceis una línea de conducta para poneros de acuerdo.» Los esfuerzos de Washington, sin embargo, fueron de todo punto inútiles, pues las opiniones é ideas de aquellos dos hombres fueron cada vez mas opuestas, y Jefferson y Hamilton llegaron á ser, no solo enemigos políticos, sino también personales.

Durante la administración de aquel Gobierno, hubo algunas turbulencias no solo por causa de la guerra con los indios, sino también á consecuencia de la oposición que se hizo á la ley que fijaba ciertos derechos sobre los espíritus. Esta oposición llegó á ser tan numerosa, y tan atrevida la resistencia que se hizo para no obedecer aquella, que fué necesario una proclama del Presidente, previniendo á todos que se abstuvieran de ciertos procedimientos ilegales que tendían á entorpecer la acción de la ley; pero sentimos tener que decir que la proclama no produjo el menor efecto.

A fin de evitar en lo posible el tener que recurrir á los extremos, el Gobierno resolvió adoptar otro medio: persiguióse á los delinquentes; los oficiales de la aduana interceptaron los espíritus que no habían pagado el derecho cuando se llevaban á la plaza para su venta, y los agentes del ejército recibieron órdenes de no comprar espíritus á los que no hubiesen cumplido con la ley. Si los destiladores hubiesen podido obrar según sus deseos, habríase obtenido seguramente el efecto deseado, mas al ver que les impelia una furiosa multitud, convenciéronse de que era mucho mas peligroso obedecer las leyes que resistirse á ellas.

Habíanse entablado al fin relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, que nombró á Mr. Jorge Hammond ministro plenipotenciario en los Estados-Unidos, el cual llegó á Philadelphia en el otoño de 1791, y sostuvo luego una larga correspondencia con el Se-

cretario de Estado, respecto al no cumplimiento del tratado de paz. Como Mr. Hammond no estaba autorizado por el ministro inglés sino para negociar, y no para concluir ni ajustar condiciones, el curso de la polémica y los principios espuestos por una y otra parte, dieron á conocer bien pronto que había poca probabilidad de celebrar un tratado de comercio (*).

Como los indios del noroeste seguían mostrándose hostiles, hiciéronse preparativos para continuar la guerra con el mayor rigor, nombrándose desde luego al general Wayne jefe de las fuerzas en reemplazo de St. Clair. Sin embargo, había tan pocos deseos de alistarse para el servicio, que se tardó en reunir las tropas suficientes, y por este motivo, no pudo llevarse á cabo en aquel año la proyectada expedición. Entretanto, continuaba murmurándose contra la guerra, y se creyó prudente tentar otro esfuerzo para obtener la paz, pero esto costó la vida á dos valerosos y distinguidos oficiales; el Coronel Harden y el Mayor Truman, los cuales fueron asesinados por los salvajes cuando les llevaban proposiciones de paz.

La segunda legislatura del Segundo Congreso, comenzó el día 5 de noviembre de 1792, y Washington comenzó su discurso manifestando, que si bien esperimentaba una satisfacción al ver de nuevo reunidos á todos los miembros, tenía el sentimiento de anunciarles que no se había terminado aun la guerra con los indios.

(*) Mr. Jefferson, dice Tucker, (vol. 1, pág. 369) fué el encargado de vindicar los derechos y dignidad de su país en una larga y laboriosa correspondencia, sostenida primeramente con el ministro de la Gran Bretaña y después con el de Francia. El reconocido talento de los diplomáticos de aquellas naciones era un motivo suficiente para que la correspondencia seguida entre Mr. Jefferson, Mr. Hammond y Mr. Genet, fuese una de las mas notables, por el estilo, por la elocuencia y por la fuerza de los argumentos que se adujeron.